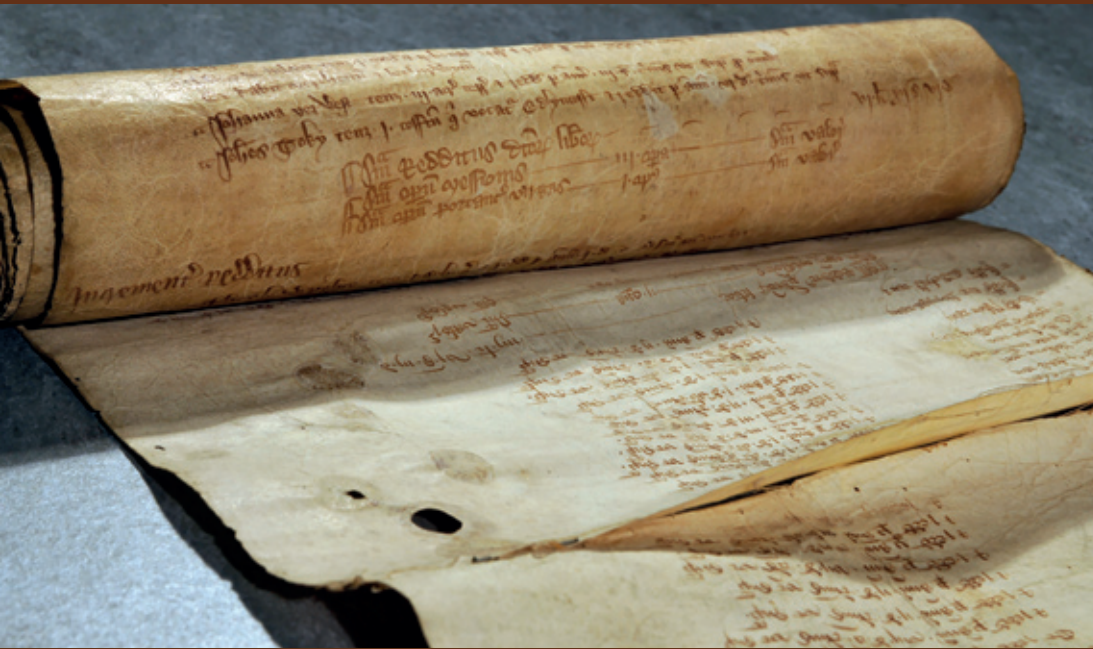


La revolución libraria de la Antigüedad

Del rollo al códex a través
de los primeros cristianos

CARLOS DÍAZ REDONDO | @carlosdiazred





Ya a nadie le puede resultar ajeno que la cultura del libro se encuentra inmersa en una extraordinaria revolución llamada a renovar la concepción de la fijación y transmisión del conocimiento. Desde que a finales de la primera década del siglo XXI irrumpieran en el mercado unos curiosos dispositivos llamados lectores de libros electrónicos, el cambio de soporte se hizo inminente. La transición del libro de papel al libro digital era ya imparable y, por primera vez, caminábamos de lo físico a

lo etéreo, con gran inquietud para muchos.

Pero esta revolución y esta inquietud no es algo novedoso. Los cambios de soporte siempre han sido un desafío para las sociedades que los han alumbrado. Nuestra historia está sembrada de estas resistencias que se manifiestan antes de comprender, de acostumbrarse al cambio, en definitiva, de aceptar lo que es inevitable.

Antes del libro digital fue el libro impreso en papel. Y cuando allá por 1450, para desgra-

cia e indignación de los monjes copistas, Johannes Gutenberg dio con la manera de crear libros en serie a través de la imprenta de tipos móviles, una nueva revolución puso patas arriba las ideas preconcebidas sobre la creación y difusión de textos. Una sociedad diferente estaba naciendo mientras los pueblos del medioevo sucumbían a la modernidad. Lo cierto es que el orfebre alemán no era consciente de que, al desempolvar una vieja prensa de vino y fundir sus famosos tipos, estaba firmando la sentencia de muerte del hatajo de cuadernos de pergamino cosidos entre sí y protegidos con dos tapas de madera que había recibido la denominación de códex o códice quince siglos antes.

Si bien los ejemplos más antiguos que se conservan de este formato proceden de Egipto y están datados entre finales del siglo I y principios del siglo II d.C., ahora sabemos que el códice nació ciertamente del margen de los romanos en el albor del primer milenio. En estos momentos, tanto romanos como griegos utilizaban diversos formatos para fijar el conocimiento en su día a día. Por un lado, el volumen o rollo, que no era más que un papiro o pergamino enrollado sobre sí mismo y que se empleaba generalmente para la transmisión de textos literarios. Y, por otro, las *tabulae ceratae* o tablillas de madera enceradas, utilizadas para fijar textos legales y administrativos. Éstas, por su forma cuadrada y por la disposición de las partes que las integran, debieron ser la inspiración para el códice.

En este contexto, marcado sin lugar a duda por la necesidad de compilar leyes y toda suerte de mandatos legislativos ante momentos de grandes cambios y reestructuraciones políticas en Roma, la consolidación del códice como soporte del conocimiento y su expansión por toda Europa se debió, por un lado, a las mejoras que introducía con



respecto al rollo o volumen, y, por otro, a la aparición de comunidades de primeros cristianos que fueron salpicando el Imperio a medida que moría el viejo mundo pagano y la palabra de Cristo triunfaba sobre el poder de Júpiter.

Esa nueva forma de libro que nacía a la par que el nuevo credo cristiano presentaba una serie de ventajas innegables. Así, por ejemplo, el códice permitía aunar una mayor cantidad de texto en un espacio más reducido. Su forma facilitaba sobremanera su transporte, pero también su manejabilidad. La encuadernación, que nació de su mano como el conjunto de técnicas que permitían ligar los cuadernos a unas cubiertas protectoras, prolongaba considerablemente su vida útil al garantizar la conservación del cuerpo y, por ende, de su con-

tenido. Pero no solamente estas ventajas fueron definitivas para su popularización como soporte de escritura.

A pesar de que los primeros cristianos no eran más que un pequeño grupo dentro de la extensa sociedad romana, fueron estos quienes adoptaron y cultivaron el códice como suyo al precisar de un formato adecuado que permitiera conservar y divulgar la vasta y variada producción literaria que los acompañaba: textos bíblicos canónicos, cartas, escritos de exhortación, homilías y los primeros tratados teológicos. Algunos autores calculan que en los tres primeros siglos del primer milenio a los que denominamos cristianismo primitivo se escribieron al menos doscientos textos sobre la fe cristiana.

Además, su preferencia por el códice, que condujo a su con-

solidación definitiva en ese periodo difuso de transición hacia la Edad Media que supone la Antigüedad tardía, fue también una decisión de tipo cultural que ponía en valor su idiosincrasia. Al elegirlo frente a otros formatos que caracterizaban la cultura grecorromana, los primeros cristianos hacían más que evidente su desacuerdo con la forma en que aquella transmitía su conocimiento y, por extensión, su repulsa a sus esquemas de creencias.

Y dos milenios después, nosotros, que vemos cómo el libro de papel que hemos conocido da sus últimas bocanadas en medio de este extraño panorama de transformación digital e inteligencia artificial en el que se está convirtiendo la vida, nos preguntamos... ¿quién y cómo será el pueblo llamado a consolidar el libro electrónico? ■

